

# ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Agosto de 1886

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

Año I

N.º 8

## LA GUERRA Y LA CIVILIZACIÓN

La justicia sin la fuerza es impotente; la fuerza sin la justicia, tirana. La justicia sin la fuerza es desoída; la fuerza sin la justicia, despreciada. — PASCAL.

La historia demuestra que nunca se abandonó un error y se aceptó una verdad pacíficamente, ni tampoco se conservó ésta sin la protección de la fuerza; y si esta afirmación se halla comprobada por el estudio de la vida de la humanidad, si todos los pueblos sin distinción de cultura, religión ni régimen la han evidenciado, ha de reconocerse su indiscutible verdad.

Los filántropos que sueñan en la paz universal, como los utopistas que confían en el exclusivo poder de la idea, viven, pues, fuera de la realidad de la vida, y su trabajo, por más que reconozcamos su buena fe, es pernicioso, porque sólo produce la prolongación de la injusticia si es fuerte, y el desconocimiento de la justicia si es débil.

Si una ley permanente existe en la historia es esta: toda idea se establece por la imposición, no por la persuasión. Tertuliano pudo decir en el segundo siglo del cristianismo «somos de ayer y ya nos extendemos por todo el mundo,» creyendo que pronto el mundo iba á ser cristiano, y sin embargo sólo cuando tuvo la fuerza cuatro siglos más tarde, con el emperador Constantino, pudo imponerse, no el cristianismo, sino el catolicismo. Lo que consigue la idea por su propia bondad es generalizarse, adquirir partidarios, y éstos, por su número y su organización, adquieren fuerza, con ella luchan, combaten las preocupaciones y los intereses creados que se le oponen, y por último se imponen á consecuencia de una batalla decisiva.

Guerra y civilización son, pues, dos términos aparentemente contradictorios, pero que muchas veces se explican recíprocamente, dándonos el uno la razón del otro.

«Las batallas, dice Pi y Margall, han sido muchas veces una necesidad en el mundo. Se las cree todas hijas del capricho, ya de los reyes, ya de los pueblos; pero injustamente. En muchas se han hallado frente á frente dos principios. La civilización ha luchado con la barbarie, la idea con la realidad, lo porvenir con lo pasado. Las revoluciones y las reacciones no son más que batallas: ¿sabéis por qué las hay en los pueblos? Llevamos la contradicción en el espíritu: ¿cómo no ha de parecer en los hechos de



la humanidad y el hombre? Hé aquí por qué vivimos separados en bandos y remueve la guerra el suelo de las naciones.»

La paz y la guerra, dice el autor que nos sirve de guía en este trabajo (1), vienen representando los dos polos de la historia, cuyos verdaderos nombres son el *derecho* y la *fuerza*. Entre dos polos gravitan el mundo moral y el mundo físico; como que de su contradicción nace la armonía y de su antagonismo el equilibrio. El secreto de la actividad social no es otro que esa perenne contradicción, y ese antagonismo constante que así se revela en la naturaleza como en el hombre, en el hombre como en la familia, en la familia como en las sociedades. Vida de luchas incesantes en todas las esferas, vida sembrada de obstáculos á través de los cuales el progreso se realiza de un modo penoso, pero constante. La idea lucha á veces con la fuerza, y es la fuerza misma la que asegura su dominación; porque á la postre ésta viene á convertirse en su esclava, pero no sin haber recibido la terrible sanción de los combates. En cambio, la fuerza que se revela en toda su plenitud en la guerra, no puede destruirse si no se destruye también la libertad necesaria á la realización del progreso. Dentro de esa vastísima esfera se mueve el hombre con toda su grandeza y la humanidad se desarrolla más cumplidamente.

Cuando una civilización no guarda equilibrio con la fuerza, si no desaparece por completo, queda oscurecida, como consecuencia de su propia debilidad. Por esto Grecia sucumbió al poderío romano, Roma y la civilización latina cayeron á los empujes de los bárbaros; así cayó en España el poderío godo, lo mismo que el caduco imperio de Oriente, y así pesó sobre la Italia del Renacimiento el azote de una doble invasión. Así se explica el fraccionamiento de Polonia y la humillación de la Francia corrompida por el régimen imperial ante la fuerza avasalladora de los ejércitos prusianos.

El ideal del mundo antiguo, que era la conquista, lo realizó Roma por la fuerza y por la guerra. Tenía por objeto este ideal la fundación de una gran unidad material, la unidad de todos los pueblos bajo la dominación de Roma, la reunión de todos los cultos en el Panteón, de todas las sectas en el Foro, consiguiendo sólo positivamente la amalgama de todos los vicios que transformaron la Roma de los Césares en un lupanar. Pero sobre aquella unidad absorbente tomaba asiento una idea civilizadora, un nuevo derecho, para el cual habían abierto camino las lanzas del legionario, la inteligencia de los capitanes que sojuzgaron sus provincias y la de los cónsules que les dictaron leyes; así llevó á gran parte de la tierra su régimen municipal, sus costumbres y sus artes. Ya antes de que esto se realizara, las naves del errante fenicio que lleva la civilización egipcia á las playas griegas, y la heroica expedición de Alejandro al través de las misteriosas regiones del Asia, preparan en Oriente el advenimiento de una nueva edad. Y obsérvese que si la guerra concluye á veces con una civilización, no es sin que á su vez ésta triunfe de la fuerza y se im-

(1) Barado, *La Guerra y la Civilización*, interesante opúsculo que extractamos con el beneplácito del autor, adaptando los datos históricos que contiene á nuestro criterio.



ponga á sus mismos dominadores. La corrupción asiática alcanzó á los griegos y los vicios de Oriente á los romanos, preparando en Occidente el camino á los bárbaros, cuyas primeras avanzadas, sometidas al civilizador influjo latino, transforman sus usos al poco tiempo de caer sobre el imperio. Es de ello ejemplo patente el pueblo godo, á quien cupo estable dominación en España. Posteriormente y ya en pleno Renacimiento, Italia, invadida á la vez por franceses y españoles, falta de unidad, combatida por sus príncipes y sus repúblicas, cubierta de ruinas y de sangre, pero radiante de esplendor y de belleza, donde brotan con el Renacimiento todos los gérmenes de la vida moderna, se impone á sus conquistadores, españoles y franceses, se impone á Europa, dicta á todos sus usos y costumbres, les deslumbra con sus obras maestras y su refinada cultura, y salvando los ensangrentados campos, se enseñoorea de las cortes del Mediodía. Entonces España dirige á un nuevo mundo sus carabelas conducidas por un hombre de genio, y si tras él el espíritu aventurero hace á la virgen América presa de perturbadores elementos, entrega á la civilización un nuevo continente, abriendo ilimitado campo á la actividad humana.

La triple revolución religiosa, filosófica y político-social por que cruzan respectivamente los siglos XVI, XVII y XVIII, se desarrolla por la guerra en Flandes y en Alemania, en Inglaterra y en Francia. Las diferencias religiosas hacen del primero de aquellos pueblos un sangriento teatro, donde se asegura por las armas la libertad de conciencia predicada por los reformadores; así como la fermentación político-social desarrollada en Francia por los enciclopedistas, al estallar imponente y grandiosa en aquel país, levanta ecos de guerra allende el Rhin, los Pirineos y los Alpes, cruza la tierra y el mar y comunica el incendio por el mundo; atacada por una coalición poderosa se defiende con sublime heroísmo, y concluye por ser su heraldo el mismo hombre que trata de ahogar la revolución entre sus brazos y que la propaga por Europa llevándola envuelta entre los pliegues de sus banderas. Tomó la forma de un águila, y como ella batió el espacio con sus alas cruzando altiva el continente entre el humo de cien combates. ¡Hé aquí la guerra! Italia conquistó la unidad á sus ecos; Grecia un nombre; Austria vió abatido su antiguo poderío; Francia ganó y perdió su reputación militar en breve tiempo y, más rápidamente aún, parte de su territorio; Prusia ató en inseguro haz algunas provincias coronándolo con una diadema imperial; Turquía, no sin dignidad, se ha visto próxima á desaparecer; Rusia, ganosa de dominación, nada ha resuelto en definitiva; surgen y desaparecen pequeños Estados entre ese caos en que oscilan la *fuerza* y el *derecho*.

«La idea de la paz permanente, dice Martínez de Monge en su libro *La Razón de la Guerra*, data de muy remota antigüedad. Ella fué la que inspiró á los griegos la institución de los *Anfictions*, ó sean representantes de todas las Colonias y Estados de Grecia, que, reuniéndose dos veces al año en el templo de Ceres, deliberaban sobre cuestiones religiosas y resolvían sobre las diferencias entre las ciudades *anfictionsas*,



reconociendo ciertas garantías en los casos en que no pudiera evitarse la guerra. A pesar de tener facultades para exigir el cumplimiento de sus decretos á todos los pueblos que formaban parte de la confederación, jamás pudo con el espíritu individualista de la raza helénica y nunca llegó á ser considerada como verdadera dieta nacional.

»En 1464 el rey de Hungría, hallándose en lucha con el papa y con el emperador, envió una embajada á Luis XI, rey de Francia, para proponerle se convocase una asamblea de reyes y de príncipes, con el objeto de constituir nuevamente la Europa, coligándose al efecto los Estados secundarios contra el pontificado y el imperio, á fin de prevenir la opresión de estas dos potencias; semejante proyecto, que por entonces no tuvo acogida, fué modificado tiempo más tarde por Enrique IV, quien lo sometió sucesivamente á Isabel y á Jacobo I de Inglaterra, sin conseguir resultado alguno. En esta época, y después de ella, gran número de hombres eminentes han procurado hallar los medios de mantener la paz; Emerie Lacroix en 1623 propuso constituir una dieta internacional permanente, donde los miembros elegidos por los pueblos, tuvieran la misión de examinar las causas de las guerras y dirimir las contiendas; dos años más tarde, Crotius, en su tratado *De Jure belli et pacis*, invita á las potencias cristianas á reunirse en los casos de conflictos internacionales, con objeto de obligar á las partes contendientes á recibir la paz en condiciones equitativas; en 1693, William Penn escribió en Londres un *Estudio sobre la paz presente y futura de Europa*, con el mismo fin; en 1745 apareció el *Proyecto de paz perpetua* del abate Saint-Pierre, puesto que tiende á eternizar el *statu quo* é imposibilita la emancipación de los pueblos, formando una liga de soberanos. Bentham, Fourier, Saint-Simon, Kant y otros han continuado sosteniendo la idea de diferentes modos, y últimamente ha circulado una pequeña cartilla, dando las bases para el Congreso de la paz.»

Desde la institución de los *Anfictiones*, 1496 antes de nuestra era, según Odyse-Barrot, se han jurado en el mundo 8,397 tratados de paz, y en ese periodo de 3,357 años figuran 227 años de paz frente á 3,130 de guerra, que han producido, calculando á bulto, la muerte de más de 151 millones de hombres.

Todos estos tratados revisten cierto carácter de perpetuidad, todos se han cerrado con las mayores formalidades y acompañado de las más solemnes promesas. Y sin embargo, la historia acusa que la duración por término medio de esos 8,397 tratados ha sido la de dos años. ¡El viento se ha llevado los juramentos como las palabras! Y á medida que la civilización se va desarrollando, si ha ido en aumento el número de los convenios diplomáticos, no ha disminuído el de las batallas.

«De hecho, dice Salières, la diplomacia ha fomentado más las guerras que contribuído á contenerlas. Firmar tratados de paz después de la lucha es reconocer las pretensiones del vencedor. Un tratado es sólo un armisticio ó una tregua, ó si se quiere un pedazo de papel que uno de los firmantes rasga de un sablazo. Los que firman prometiendo y concedien-



do con las bayonetas del enemigo en el pecho, se creen desligados de su compromiso cuando se sienten fuertes para resistir ó atacar. Esto es lo que constantemente prueba la historia.»

Entre todos los tratados firmados por las potencias desde la paz de Westfalia, sólo hay uno observado fielmente, el de Methuen, de 27 de Diciembre de 1703, ajustado entre Inglaterra y Portugal, perjudicialísimo para los portugueses, única razón de su *fiel observancia*.

Después que se hubo propagado el derecho en Europa como cuerpo de doctrina, la historia consigna atroces atentados contra el derecho, entre los que en época reciente figura el reparto de un pueblo por tres poderosas potencias.

Estos gravísimos ultrajes á la justicia se han repetido incesantemente, á pesar de la solemnidad de los tratados y de los siguientes congresos: de Munster y de Osnabruck en Vestfalia 1648; de los Pirineos 1659; de Oliva, que fundó la soberanía de Prusia é inauguró el desmembramiento de Polonia, 1560; de Breda 1667; de Aix-la Chapelle 1668; de Radzyn 1670; de Nimega 1678; de Francfort 1681; de Andrusowi, que continuó el desmembramiento de Polonia, 1684; de Altona 1689; de Ryswich 1697; de Carlowitz 1698; de Utrecht 1713, de Baden 1714; de Brunswich 1714; de Anvers 1715; de Passarowitz 1718; de Nystadt 1721; de Cambray 1722; de Soissons 1728; de Niemeroff 1737, de Abo 1741; de Aix-la-Chapelle 1748; de Hubertsbourg 1763; de Folskchany 1772; de Bukarest, al que siguió el famoso tratado de 1774 entre Prusia y Turquía, 1773; de Teschen 1779; de París, seguido del tratado de Versailles de 1783, 1782; de Versailles, que produjo el de Fontainebleau de 1785, 1784; de Reichembach 1790; de la Haya 1790; de Sislowa 1791; de Rastadt 1797 y 1798; de Amiens 1802; de Erfurt 1808; de Fassy 1809; de Praga 1813; de Chatillon 1814; de Viena 1815; de Aix-la-Chapelle 1818; de Carisbath 1819; de Viena 1820; de Troppau 1820; de Verona 1821; de Londres 1830 y 1836; de París 1857; de Berlín 1878.

Es evidente que la paz es una aspiración, un ideal, que si algún día llega á realizarse, será únicamente cuando la Sociología haya dicho su última palabra respecto á la teoría de la sociedad, y cuando la Revolución haya cumplido su misión de imponerla á la práctica; y una vez más, y acaso sea la última, aunque no nos atrevemos á prejuzgarlo, la fuerza será servidora del derecho, y derecho y fuerza, será una misma cosa que presente dos fases distintas, porque el antagonismo que les separaba habrá desaparecido en la unidad de la justicia.

Dice Guizot: «El derecho no es nada cuando no se cuenta con la fuerza para que prevalezca.» Tan tremendas palabras, que parecen inspiradas por el cinismo de un salteador de caminos, encierran una solemne lección, y si los socialistas la olvidan caerán en un ridículo quijotismo.

Es necesario definir el derecho; pero no menos necesario es armarse y organizarse para imponerle y, si conviene, conservarle. Lo contrario es pisotear el derecho inspirados por miserable debilidad. La injusticia cometida pacíficamente extendiéndose por todos los ámbitos de la tierra y



prolongándose á través de las generaciones es un mal infinitamente mayor que un campo sembrado de cadáveres y una ciudad en ruinas: la primera es el mal viviendo sujeto á método y sistema y sin fin probable; lo segundo es la tempestad, á cuyo fragor tiembla la naturaleza, y que después ejerce saludable y benéfica influencia. Víctor Hugo, luchando como hombre de imaginación, con opuestos sentimientos, exclamó un día. «¡Deshonremos la guerra!» Después comprendió su error y escribió: «No se pone la paz debajo de la fraternidad; la paz es su resultado: no se decreta la paz, como no se decreta la aurora.»

En resumen: Si el pensamiento indicó la vía que el progreso debía seguir, la guerra desbrozó el camino arrancando intereses y preocupaciones, y lo hasta aquí sucedido irá sucediendo hasta que la sociedad encuentre perfecto asiento. La guerra, pues, es un auxiliar del pensamiento, y condenarla en absoluto es anular á la vez el pensamiento y renunciar al progreso.—L.

#### EXCURSIONES LITERARIAS

##### I

**L**ECTOR paciente: Hubo un tiempo en que todos mis afanes se limitaban á la economía política y á la sociología. Hallar á mano un periódico ó un libro que tratase de los problemas de esas dos ciencias, era para mí suprema dicha. Casi, casi llegó á constituir una manía aquel ir y venir constante de una á otra idea, de una á otra cuestión. Pero hé aquí que mi espíritu sufre un cambio completo y todos mis furores económicos y sociales se truecan en artísticos y literarios. Si antes me gustaba leer á Proudhon, Bakounine, Marx, Ricardo, Smith y tantos otros genios de las ciencias económica y social, hoy me deleito leyendo á Zola y Daudet, Alarcón y Valera, Galdós y Alas, y admiro embelesado las grandes obras del arte moderno, los cuadros de Pradilla y de Luna, las esculturas de San Martín y de Oms, sin que esto quiera decir que me olvido de Cervantes y Calderón, de Murillo y Velázquez, de tantos y tantos portentos de la historia artística y literaria de los tiempos pasados.

Tal vez á los labios de alguno acuda una sonrisa burlona y diga: «eso es hijo de la volubilidad española.» Mas yo te aseguro, lector, que no conozco al padre de lo que en mí ocurre. No soy psicólogo, que de serlo seguramente saldría del apuro pronto y bien. Quede, pues, consignado el hecho y dejemos á un lado filosofías, si no estériles, inútiles ahora.

Eso que dejo dicho, creerás, lector, que no tiene objeto; mas yo te aseguro que sí lo tiene, y á fe á fe, que no debes dudar de mi honrada palabra.

Ya ves, escribo en una revista sociológica, y ni por asomos pienso decirte una palabra de sociología. Necesito, pues, explicar mi invasora acción en este periódico de tonos griegos y vientos de revuelta y de anarquía.

Yo soy el mismo de siempre, — ¡no faltaba más! — pienso hoy como ayer, y aquellos que mis amigos fueron, mis amigos son. De seguro no



me has olvidado todavía, y aunque ahora no me conozcas, ya me conocerás, que no es del caso si yo me llamo Juan ó Pedro y empiezo por llamarme como me da la gana y no como en realidad me llamo. Pero este que un día viste tronando contigo contra todo lo existente, tiene hoy otras aficiones, y, en vez de discutir la propiedad y el Estado, quiere hablarte un poco de literatura. Lo cual no es un delito ni mucho menos.

Me explicaré. Yo creo que toda revolución, así como tiene una filosofía y una ciencia del Derecho, debe tener su arte y su literatura. Al menos así ha sucedido siempre. ¿Por qué, pues, nuestra revolución social no ha de tener su literatura y su arte correspondientes? ¿Por qué no, si el arte es y será la mitad cuando menos de la vida de nuestros sentidos y la literatura la savia de nuestra imaginación, siempre poética y exaltada? ¿Acaso el día de la renovación universal han de acabarse los artistas y los literatos? ¿Vamos á suprimir la música, la pintura, la escultura, la poesía y la novela?

«No necesitamos de ciencia alguna después de Cristo, — decía Tertuliano, — ni de ninguna prueba después del Evangelio: el que cree no desea nada más; la ignorancia es buena, en general, á fin de que no se aprenda á conocer lo que es inconveniente.» ¿Hemos de plagiar á Tertuliano después de la venida de nuestro Mesías?

Quizás algún revolucionario á *outrance* responda afirmativamente á mis preguntas, olvidando que todos los días se nos habla de la ciencia y se la invoca para realizar las justas esperanzas del proletariado. Y yo digo que aunque así parezca, nuestra revolución no es la simple demanda de un pedazo de igualdad económica y social, no. Nuestra revolución es algo más que esto y bastante menos de lo que algunas cabezas atrofiadas creen. Es algo más que aquello, porque la igualdad social necesita una ciencia del Derecho, una ciencia de la Justicia, una Filosofía, para decirlo de una vez, de las costumbres; y algo menos, y bastante menos de lo que creen estos tragabatallones que quieren reducir á la sociedad á su propia miseria y á sus vicios, —entiéndase que hablo de la sociedad futura, —porque nuestra revolución respetará todo aquello que la especie humana ha creado por siempre y para siempre y para su recreo, y aún fomentará esa obra de los siglos, eterna, que se llama arte, literatura y ciencia. Que al fin y al cabo la vida de los pueblos no se limita ni se limitará nunca á trabajar y comer, ni uno sólo de los verdaderos revolucionarios consentiría hoy mismo, no ya mañana, que la revolución le arrebatase el recreo de la música á sus oídos, el de la pintura á sus ojos y el de la literatura á su imaginación.

Conste, pues, que no es un delito este mi propósito de hablarte de literatura. Y conste también que debo lamentarme, y conmigo cuantos aman la revolución, de que no contemos hoy por hoy con verdaderos artistas y literatos. Al menos yo no los conozco, aunque ya sé que en la industrial Cataluña hay alguno y aún algunos que pueden y deben llenar este vacío.

Todas las ideas, todas las instituciones han tenido sus poetas, sus mú-



sicos y sus literatos y yo voto porque muy pronto podamos nosotros decir lo mismo, en la seguridad de que así la revolución ganará en breve tiempo tanto como pueda ganar por el esfuerzo de sus adeptos en cuatro ó cinco ciclos. Es decir, que voto porque nuestro ideal se complete y se realice cuanto antes. Y tú, lector, vota conmigo, que en ello nada perderás.

\* \* Leyendo las críticas de *Clarín* nació en mí esta inclinación literaria que ahora me arrastra á molestarte, y por ello he de empezar mi tarea citando algunas de sus palabras.

«Ya sé,—dice el eminente asturiano,—que en buena estética no se puede exigir que la estatua tenga músculos y huesos debajo de la superficie: basta con la apariencia.

»Pero no se me negará que esa apariencia nunca sería tan perfecta, como existiendo realmente dentro de la estatua todo un organismo humano. Pues esta es la cuestión del realismo. En sus estatuas (los personajes de sus obras), hay músculos, huesos, todo lo que contribuye á que la apariencia sea más perfecta.

»Este es el realismo bueno. El malo es el que abre las carnes para que la anatomía se vea.»

He ahí en brevísimas consideraciones sintetizado y resuelto el problema literario de nuestros tiempos. El realismo, que no es de ahora, que, por el contrario, hace ya muchos años viene luchando con el romanticismo, venciéndole al fin, no es lo que muchos, muchísimos han dado en creer: una relación pornográfica de todo lo inmundo que la sociedad contiene, de todos sus vicios, de todas sus malas pasiones y nada más. No, el realismo no es esto.

El realismo vence cuando en las costumbres es rechazada su eterna enemiga, la escuela romántica, y vence porque á los hombres no satisface ya la creación de tipos ideales, pero ideales sin realización posible dentro de la naturaleza humana, abstractos, quizás trascendentales. La sociedad y el progreso exigen que la Idea, que el *tipo* de una obra literaria venga á fundirse en el crisol de nuestra propia naturaleza y que satisfaga por tanto á todas estas condiciones que nos hacen hombres sin permitirnos llegar á dioses. Y como esta precisamente es la esencia del realismo, de aquí que la revolución lo invada todo y pretenda arrancar al arte del dominio de toda tendencia metafísica y trascendente.

El romanticismo cumplió su misión. Dió vigor á una época en que el sentimiento lo llenaba todo, creó héroes sublimes, genios potentes, figuras grandiosas, salióse del mundo real y fué á posar allá en las alturas etéreas del espiritualismo más refinado, más puro, y pudo así, por el contraste, corregir costumbres, combatir vicios, atar pasiones. Pero hé aquí que la escuela se gasta y el sentimentalismo que antes fomentaba se trueca en ridícula sensiblería, caen los héroes hechos pigmeos, los genios resultan monstruos y las grandes figuras, juguetes infantiles. Lucha aún el gran Víctor Hugo, pero la escuela perece. Hizo una revolución y después, agotadas sus fuerzas, flaquea, desfallece y cede y se rinde. Tal es el desarrollo de la tesis romántica.



Hace falta una nueva revolución que mantenga la antítesis y los admiradores de Balzac se animan, se entusiasman y dan la primera batalla.

Todo ensayo tiene sus dificultades. Ahora la obra es más difícil. Hay que buscar los elementos necesarios dentro de la realidad misma, hay que partir del hombre tal como es, bueno y malo, ni héroe ni reptil, y después de elevarse por gradaciones sucesivas al conocimiento del *tipo*, crear, por decirlo así, el carácter sintético del protagonista.

Los obreros sobran ¡pero los hay tan malos! Los más no aciertan á completar la idea. Aquí caen unos en servil imitación de la escuela anquilada, otros allá se precipitan en el fango de las vulgaridades y van derechos al ridículo. Son, unos y otros, genios de campanario.

Entonces los partidarios del antiguo sistema renuevan la discusión. Así vemos hoy como aún pelea el romanticismo, sobre todo en España, contra la invasión de la moderna literatura. Y pelea con más fuerza porque no faltan imitadores ramplones, artistas sin arte, literatos sin literatura, incapaces de interpretar el pensamiento del realismo.

Pero esto ¡qué importa! Allá van Zola, á pesar de sus crudezas, agravadas por los traductores; Galdós con su inimitable buen decir, con sus burlas socarronas de todos los remilgos y majaderías sociales; el mismo *Clarín* con su magnífica *Vetusta*, y otros y otros muchos que irán saliendo poco á poco y perfeccionando la obra cosmopolita de emancipar la literatura y purgarla de todo elemento trascendente, bueno cuando más en un tratado de metafísica ó teología.

La revolución está iniciada. El camino que hay que recorrer es muy largo, muy largo, dice el autor de *La Regenta*. Todo se andará, asegura el vulgo,—y yo soy vulgo también,—y se andará más aprisa tal vez de lo que todos creemos y con otros resultados mejores que los obtenidos hasta el día.

El romanticismo representaba el ideal espiritualista. El realismo es la encarnación del ideal humano. Y la humanidad vence á la especulación romántica.

—No sé dónde leí yo á Proudhon lamentándose de que la poesía, el arte y la literatura anduvieran descarriadas sin acordarse de los dramas y los idilios del trabajo, de las grandes tragedias del taller y de las sencillas epopeyas del pueblo. La luna y las flores y los palacios y las piedras preciosas eran el tema favorito de artistas, poetas y literatos, y Proudhon hacia bien en hostigar á aquellas inteligencias cortesanas. También ahora, por desdicha, abunda esa especie de langosta que todo lo esteriliza, literatos y artistas cursis que hacen un libro ó un cuadro de una triquiñuela y rinden culto á la grandeza... de pergamino ó de metal.

Y por esto mismo, te prometo, lector, que si antes no me silbas, en otra epístola te hablaré de lo que yo llamo síntesis literaria y tú verás cómo quieres llamarle.

No echés en olvido que la literatura como el arte y como todo, en su desenvolvimiento particular, es algo así como la política misma, con sus revoluciones y sus reacciones, su monarquía y su república, su teocracia



y su libre pensamiento, que en tanto tú reflexionas sobre esta materia, si para tanto tiene poder mi trabajo, yo me voy á preparar la segunda parte, que no será buena por aquello que tú sabes y porque la primera, si bien lo miras, tampoco lo es.—HOPE.

#### FUERZA Y CIENCIA

Si utilísima es la agrupación de los trabajadores bajo el punto de vista de la constitución de una fuerza para conseguir el triunfo de un ideal, no es menos importante respecto á facilitar la transmisión de las ideas y producir la elaboración de un pensamiento científico y común que ilumine aquella fuerza y que demuestre á los privilegiados que *los trabajadores pueden y saben*.

*Fuerza y Ciencia* necesitan los trabajadores para abrirse camino, á través de los inmensos obstáculos que oponen las preocupaciones y los privilegios, para llegar á su emancipación, que no puede significar solamente el franqueamiento de la opresión que sufren desde los orígenes de la sociedad, sino la reconstitución de ésta conforme con los más puros principios de Verdad, Moral y Justicia.

La *Fuerza* se deduce de la agrupación, del número. Fácilmente se comprende la inutilidad del individuo aislado, y salta á la vista cuánto valen las agrupaciones de individuos.

La *Ciencia* sirve de guía á la agrupación. Una colectividad debe tener necesariamente una aspiración, pero ésta debe ser racional; y cuando se trata de una agrupación tan importante como la que forman los trabajadores para reintegrarse en la posesión de sus derechos como hombres, se necesita que quede perfectamente definida, indiscutiblemente demostrada.

Quéjense los trabajadores de que la ciencia no está á su alcance. Si se les considera como miembros sociales, sí; la sociedad ha puesto la ciencia en las universidades, donde van los privilegiados á buscarla, no el infeliz asalariado para quien apenas tiene el día bastantes horas para ganar el pan con que se alimenta. Si se les considera asociados, no; la asociación tiene un poder limitado y en él se halla el de alcanzar la ciencia. El que no crea esto, renuncie á trabajar por la justicia social, porque si la asociación no sirve para obtener la ciencia (lo menos), tampoco servirá para realizar los frutos de la ciencia (lo más).

¿Cómo pueden los trabajadores alcanzar la ciencia?

No en las universidades, cuyas puertas están cerradas para el que carece de dinero.

No siguiendo ciegamente á un autor determinado, en cuyo caso se corre el peligro de hacerse sistemáticos ó sectarios.

Sino discutiendo temas por grupos, teniendo en cuenta las ideas de los autores y las individuales de todos los agrupados, examinándose y criticándose mutuamente las conclusiones los grupos, y formulándolas después de bien definidas por los mismos medios que la asociación sugiera.



Proporcionando los ya instruídos las nociones rudimentarias y hasta la instrucción primaria á los individuos que lo necesiten.

Y estableciendo un sistema de relación y comunicación de ideas y pensamientos, fácil por medio de la asociación, superior al que poseen los privilegiados, cuyo dinero, á pesar de su poder, no puede romper las barreras del individualismo (vanidad, orgullo, ambición, preocupaciones, etc., etc.)

*Fuerza y Ciencia* pueden alcanzar los trabajadores; sólo les costará QUERER, y si quieren, fuertes é ilustrados, transformarán el mundo derribando cuantas instituciones crearon la ignorancia, la tiranía y la explotación; es decir, harán la revolución, y si no, no.—L.

### CORRESPONDENCIA

ESTIMADOS compañeros: Vivamente impresionado por una improvisada fiesta «de clase,» no puedo contener el deseo de comunicaros mis sentimientos, por si queréis aprovechar estas cuartillas para su inserción en esa revista.

Pero son necesarios algunos antecedentes antes de comenzar.

Como no ignoráis, el *Centro de Amigos* de Reus invitó á varias corporaciones obreras del campo de Tarragona, á otras de Barcelona y á diversos individuos de esta ciudad y de Sabadell, con motivo de una velada literaria-socialista, organizada al doble objeto de conmemorar el primer aniversario del Certamen Socialista, y el recuerdo de la toma de la Bastilla por el pueblo de París.

La velada tuvo lugar el domingo 11 en el Teatro Principal, galanamente cedido por el Ayuntamiento, que es su propietario, viéndose honrada la fiesta por una inmensa concurrencia. Tanto por esto, como por la distribución de la velada y trabajos leídos, estuvo indudablemente á igual altura, por lo menos, de las que celebra la clase media de las grandes capitales, si bien distinguióse de ellas por su forma poco pretenciosa y su corte especial, muy conforme con el espíritu anárquico-colectivista.

La prensa local no podía usar del incienso ni emplear la adulación, como cuando de los suyos se trata; no podía tampoco criticar lo que resultaba por sí sólo muy correcto, y se contentó haciendo justicia al acto. Los espíritus reflexivos de la clase media que lograron asistir á la velada, sin duda convinieron en que la clase obrera poco tardará en alcanzar la mayor edad, si es que ya no ha entrado en ella.

Pero dejando aparte la trascendencia é importancia del acto de la velada, quiero hablaros principalmente de la fiesta de carácter íntimo improvisada á última hora de la tarde del lunes 12, en obsequio á los pocos forasteros que tuvimos la fortuna de habernos detenido un día más en Reus. En medio de ella y después de celebrada, me he dicho varias veces pensando en el mañana de la clase obrera: nuestra esperanza es justa y fundada; el porvenir es nuestro.

Concibieron varios socios del *Centro de Amigos* la idea de obsequiarnos con una cena al aire libre, y no había transcurrido una hora que en número de diez y seis á veinte salíamos de Reus al caer de la tarde en medio del natural buen humor del proletario, dirigiéndonos á una pequeña propiedad de la familia de un compañero. Y si os extraña que haya en Reus compañeros casi-propietarios, os diré (abriendo un paréntesis), que esto obedece á lo muy dividida que se encuentra allí la propiedad de la tierra, existiendo buen número de pequeños propietarios á quienes muchas veces no llega á serles suficiente ni su jornal de proletario, ni los productos de la tierra que posee. Estas pequeñas propiedades han dado lugar á la costumbre de salir al campo muy á menudo, existiendo en las llanuras inmediatas á Reus gran cantidad de *masets* ó casitas de campo contruídos expreso al objeto de ser el punto de mira para las partidas del campo.

Uno de estos *masets*, de aspecto sumamente modesto, pero cómodo y aseado, situado en lugar ameno al pié de unas montañas, y en medio de viñedos y árboles frutales, fué el lugar escogido para la expansiva fiesta dela amistad.

Ya la luz del sol apenas se divisaba en el horizonte cuando nos sentábamos



alrededor de rústica mesa en medio de la más franca expansión, cobijados por un emparrado de aspecto encantador. Terminada la cena, cada cual lució sus especiales aficiones artísticas, produciendo esto la más grata satisfacción.

Disponíamos, pues, á salir para Reus, estábamos ya en marcha, cuando á lo lejos percibiéronse voces amigas que no tardaron en acercarse. Eran varios socios del *Centro de Amigos* que, enterados de nuestra excursión á última hora, venían á servirnos café; aun no se había extinguido la alegría que nos produjeron estos visitantes, cuando vimos aparecer en medio de los viñedos varias luces caminando en dirección del *maset* donde estábamos, resultando ser otro grupo del *Centro de Amigos* que se habían decidido á venir á participar de la fraternal expansión á que nos suponían entregados.

Uno de los compañeros propuso que sin abandonar la alegría, habláramos un momento sobre nuestras ideas, nuestra situación y aspiraciones, en la forma que cada cual tuviese por conveniente. Y allí se produjo una explosión magnífica de la inteligencia y el sentimiento que es sensible no poder reproducir, pero que sirvió para reafirmar nuestras convicciones.

Por fin, consumidos varios turnos, emprendíamos la marcha en medio de la mayor animación y entusiasmo, llegando á la ciudad al rayar el alba.

Una serie de consideraciones se desprenden del acto este puramente íntimo, dignas de atención y estudio por aquellos que están atentos á la marcha de las ideas y de las cosas.

En varias ocasiones he asistido á fiestas de colectividades distintas en nuestra región y fuera de ella; he visto muy de cerca la estudiada farsa de muchos actos de la clase media, celebrados en la prensa por lo animados, concurridos y espontáneos, no habiendo en ellos sino un cúmulo de detalles preparados con anticipación para producir efectos. Igual, ni más ni menos, que en el teatro suele hacerse en ciertos casos.

Raras veces las clases privilegiadas cuentan en sus fiestas, *lunchs*, banquetes y *soirées* con aquel algo difícil de definir, que estuvo patente mientras estábamos reunidos en el *maset* la noche aquella, y que siempre se producirá cuando se reúnan varios compañeros con aspiración de clase y con fe de apóstol.

Esta fe en nuestro ideal de emancipación y la esperanza de que ha de realizarse, si no por nosotros, por nuestros hijos ó por nuestros nietos, es lo que conforta el espíritu de la clase obrera ó al menos de los que formando parte de ella han alcanzado á ver claro.

Cítanse las *agapas* ó comidas fraternales de los primeros cristianos como una de las señales que dejaban entrever en los perseguidos de las catacumbas á los sucesores y transformadores de la sociedad romana. Si fiestas expansivas como la de Reus son el equivalente moderno de las *agapas* consignadas por la historia, no nos toca á nosotros decirlo, porque argüiría jactancia que no tenemos; pero sí podemos fundar esperanzas en la arraigada convicción de nuestros compañeros, tanto como en la lógica y bondad de los principios profesados. La confianza que mutuamente nos merecemos, el especial cariño que siente un federado por todos y aquéllos á su vez por los demás, llega á crear lazos indestructibles como imperecederas son las aspiraciones de redención humana que nos animan.

Mientras en las demás clases de la sociedad impera el escepticismo más desconsolador, la clase obrera cree y espera; cuando la clase imperante ha gastado ya sus ideales, y no posee soluciones para acallar la sed de justicia y progreso de la sociedad presente, los obreros preparan un porvenir más en armonía con las ciencias y las necesidades humanas. Somos pobres en el concepto económico, pero ricos en esperanzas y en ideales. La lucha de nuestra época es sostenida por el ayer que muere y el mañana que nace. ¿Quién ha de vencer?

Estudiemos, cotejemos los actos y aspiraciones, tanto individuales como colectivas de las decadentes clases poderosas, y veamos qué pasa en la nuestra. De este estudio deduciremos quien sobrevivirá en la lucha.

Actos como los celebrados últimamente en Reus, Certamen socialista, velada literaria del *Centro de Amigos*, y aun la improvisada cena ó fiesta nocturna en el campo, son indicios, son datos que, acumulados con otros, pueden producir conclusiones luminosas.—C.

Reus, 14 Julio 1886.



## MISCELÁNEA

DE un artículo bibliográfico destinado á juzgar la obra de Darwin *La descendencia del hombre y la selección en relación al sexo*, publicado por una revista científica, tomamos lo siguiente que creemos leerán con gusto nuestros favorecedores:

«Darwin, adicto fiel de la escuela empírica, aduce copiosísima cantidad de observaciones, datos y experimentos muy adecuados á la aprobación de su tesis, que no es, cual suelen decir á voz en grito los ignorantes horrorizados, que el hombre desciende del mono, así, á secas; sino, cual sostiene el sabio inglés, de alguna forma antigua desaparecida.

»La principal conclusión á que llegamos en esta obra (dice en la página 713), es decir, que el hombre desciende de alguna forma inferiormente organizada, será, según me temo, muy desagradable para muchos. Pero difícilmente habrá la menor duda en reconocer que descendemos de bárbaros. El asombro que experimenté en presencia de la primera partida de fuegianos que ví en mi vida en una ribera silvestre y árida, nunca la olvidaré por la reflexión que inmediatamente cruzó mi imaginación: tales eran nuestros antecesores. Estos hombres estaban absolutamente desnudos y pintarrajeados, su largo cabello estaba enmarañado, sus bocas espumosas por la excitación, y su expresión era salvaje, medrosa y desconfiada. Apenas poseían arte alguno, y como animales salvajes vivían de lo que podían cazar: no tenían gobierno y eran implacables para todo el que no fuese de su propia reducida tribu. El que haya visto un salvaje en su país natal, no sentirá mucha vergüenza en reconocer que la sangre de alguna criatura mucho más inferior corre por sus venas. Por mi parte preferiría descender de aquel heroico y pequeño mono que afrontaba á su temido enemigo, con el fin de salvar la vida de su guardián, ó de aquel viejo cinocéfaló que, descendiendo de las montañas, se llevó en triunfo sus pequeños camaradas librándolos de una manada de atónitos perros, que de un salvaje que se complace en torturar á sus enemigos, ofrece sangrientos sacrificios, practica el infanticidio sin remordimiento, trata á sus mujeres como esclavas, desconoce la decencia y es juguete de las más groseras supersticiones.»

---

El corresponsal de un diario conservador refiere que en un banquete celebrado hace poco en Decazeville, cuando todos los comensales tributaban una ovación al alcalde de dicha villa, á quien supone cómplice ó causante de la muerte del mayordomo Watrin, cayó aquél herido por un terrible ataque de apoplejía, y atribuye el accidente á la justicia divina.

No son, por lo tanto, tan inexcrutables los designios de la Providencia cuando los adivina cualquier gacetillero.

---

Las siguientes líneas son de nuestro estimado y valiente colega *La Vara de Esculapio*:

«Todos estos funcionarios (ministro de la Gobernación, Dirección de Beneficencia y Sanidad, gobernadores de provincias, Real Consejo de Sanidad, Academias de Medicina y Cirugía, Juntas provinciales y municipales, subdelegados de sanidad é inspectores de géneros medicinales), todas estas corporaciones, todos estos centros, sin excepción de ninguno de ellos, todos absolutamente, comenzando por el mismo ministro de la Gobernación y concluyendo por el último inspector de géneros medicinales, cuya rama administrativa consume al Estado una considerable suma de millones, infringen palpablemente los preceptos legales establecidos en Sanidad, invitan á la conculcación de las leyes y á las prácticas criminales á quien quiera seguirlos en la ejecución de los delitos que prescriben los Códigos, y consienten á sabiendas el desarrollo de un sistema pernicioso y desolador de inicua y miserable explotación... Si se creen los españoles que en el gobierno, sea en el que fuere de los habidos hasta ahora, tienen la garantía de la salud, la vida y la propiedad, están engañados desgraciada y miserablemente.»

---

Un catedrático de clínica, de París, disertando sobre la sífilis infantil, dirige á sus discípulos la siguiente recomendación:

«Jamás, jamás os prestéis á la culpable transacción consistente en aumentar las probabilidades de vida del niño por medio de los buenos pechos de una nodriza mercenaria, siquiera se la previniese del peligro (casi inevitable, como sabéis), y aunque en consecuencia fuese retribuída. No debéis cubrir con vuestra autoridad un contrato tan inmoral, ni mucho menos ser su negociador, como se os propondrá, sin duda algu-



na, un día ú otro. Fournier, que ha estudiado especialmente este asunto, insiste *con motivo* en esta recomendación. Tened presente que el médico no puede constituirse en agente de un comercio que calificaría de *trata de blancos* si no temiese que parezca que busco un juego de palabras, y no olvidéis, por último, que os incumbe la responsabilidad civil de las consecuencias de un negocio de este género.»

Estas palabras significan la denuncia de un crimen que cometen los viciosos ricos contra los pobres honrados por mediación de algunos hombres de ciencia. Una sociedad en que se cubren con dinero las consecuencias del vicio y en que la ciencia se vende para explotar la ignorancia y la miseria de los desheredados, necesita con urgencia un fuerte cáustico revolucionario.

Hemos recibido el *Catálogo de El Cosmos Editoriál*. Hállase dividido en parte literaria y parte científica: la primera consta de novelas de los mejores literatos españoles y extranjeros, y la segunda hállase dedicada principalmente á la medicina. Plácenos ver á esta empresa hermanar el negocio con la ilustración popular y la felicitamos por lo cumplidamente que llena su cometido.

La *Tribune des Peuples* ha publicado su tercer número, no menos interesante que los anteriores. Esta revista se publica en París, Loos, 17, y cuesta su suscripción 6 francos al año.

Del 24 al 30 de Agosto próximo, se celebrará en París una conferencia para discutir la siguiente orden del día: Legislación internacional del trabajo, comprendiendo en ella la reglamentación general de las horas de trabajo.—Instrucción integral y profesional —Coaliciones obreras, sociedades corporativas nacionales é internacionales, su organización y sus resultados.—Situación política y económica de los trabajadores en los diferentes países.—Exposición obrera de 1880.

En la circular-convocatoria que tenemos á la vista, se dice que la misión de los delegados se extiende además á visitar la Exposición obrera del corriente año, y á tratar de la participación de los obreros en la Exposición de 1889.

No sabemos si esta conferencia se compondrá de delegados de sociedades obreras exclusivamente, aunque así parece suponerlo la circunstancia de invitar á que se soliciten subvenciones de los Ayuntamientos. De todos modos deseamos buen éxito á esa conferencia y que dé racional solución á su orden del día.

Las corporaciones que deseen corresponder á la convocatoria pueden dirigirse á Herbinet, secretario de la Exposición obrera internacional de 1886, Poissonniers, 35, París.

Aunque con sentimiento, no podemos insertar la prometida bibliografía de la *Química de la cuestión social*, por hallarse ausente el encargado de escribirla.

Trátase hace ya algún tiempo de la propagación y explotación de una planta textil, destinada, según parece, á causar una gran transformación en nuestro modo de ser industrial y económico. El *Ramio*, nombre impuesto por la Academia, es una especie de ortiga procedente de China, cuya fibra es superior á la de todas las plantas textiles conocidas y á todas puede reemplazar ventajosamente. Su desfibración era difícil, pero hoy la mecánica ha resuelto la dificultad y ha entrado ya en la industria y comercio de Inglaterra, Francia, Alemania y España. Sus propagadores aseguran que puede sustituir ó reemplazar á la seda, lana, hilo, algodón, lino, cáñamo, etc., en todos sus usos y aplicaciones, y á todos aventaja en duración y condiciones económicas, y en esto se fundan para vaticinar que dentro de poco el *Ramio* dominará en todos los mercados. A este propósito dan los siguientes interesantes detalles sobre la historia del algodón que juzgamos útil reproducir:

«A mediados del siglo pasado la Aduana de Charleston menciona en sus registros 7 balas de algodón expedidas por Inglaterra en 1747. Cuarenta años más tarde esta importación no había tomado aun serio desarrollo y lo prueba el que en 1784, el mismo puerto de Charleston envía á Inglaterra 71 balas, cuyo peso era de 8 á 9,000 kilos y el cargamento fué decomisado como contrabando, bajo pretexto de que era imposible que América hubiese producido una masa tan grande de algodón. Las Indias únicamente suministraban á Inglaterra el algodón necesario á su industria que en 1760 no producía más que por un valor de 5.000,000 de pesetas; pero después del invento de un mo-



lino para desgranar (Saw-Gin) del americano Wituey, y los descubrimientos no menos importantes de las hilanderas mecánicas de Watt, Kay, Higs, Hargreaves, Lees, Word y Compton, que habían precedido á las de Wituey, el desarrollo fué tan rápido que en 1800, Inglaterra recibía 45,000 balas, en 1810, 250,000 balas; y hoy América produce 5.000,000 de balas, de las cuales consume Europa 3.500,000, á las cuales hay que agregar las que proceden de China, India, Malasia, el Brasil, Egipto y otras regiones de Africa y Asia.

»El que hubiese anunciado en Europa tamaño progreso, allá en 1747, habría sido declarado loco de remate. Hoy no vacilamos en augurar para el Ramio igual y más rápido desarrollo, ya que sólo se trata de la producción en calidad, resuelto como está el problema de la producción á bajo precio y á la aplicación de la maquinaria á la filatura.

»La cuestión agrícola está resuelta en Egipto, Argelia y España, de tal modo que, en España sobre todo, se tiene conocimiento exacto de su cultivo, terrenos á que se acomoda fácilmente, producto, que varía de 800 á 900 pesetas por hectárea; la cuestión industrial también. La materia prima viene á 0'75 el kilogramo, su valor mínimo es de 1 peseta.

»La Sociedad *La Ramie française*, que funciona hoy con un capital de 3.500,000 francos, y que ha sido la fomentadora de nuestro cultivo por la introducción de sus máquinas, cuenta hoy con un cultivo propio de 260 hectáreas en plena producción entre Egipto y España, proponiéndose aumentarlo en breve con una nueva plantación de 350 hectáreas en Motril. Estas son plantaciones modelos convenientes con los particulares para estimularles, asegurando la sociedad los productos.

»Tres fábricas de desfibrado mecánico tiene establecidas y funcionarán al final de esta cosecha. Una en Perpignan con 5 máquinas, otra en Torroella con 30 máquinas y la tercera en Zagazig con 60, y está acordado levantar una cuarta en Motril con 70 máquinas, cuya producción total será de cerca 2.000,000 de kilogramos en hilaza.

»Posee, además, 3 filaturas, la de Valobre con una producción anual de 140,000 kilos; la de Essonnes cuya producción es de 100,000 kilos; otra en Valobre con igual producción; y las fábricas de tejidos, en Voiron con una producción de 450,000 metros de tela y mantelería, y 900,000 metros de tejido para velamen de los buques.»

Hemos recibido *El Grito del Pueblo*, de Sanmartín de Provensals, y *El Cuarto Estado*, de Orense; á ambos saludamos como buenos compañeros, estimulándolos á perseverar en sus buenos propósitos. Queda establecido el cambio.

## BIBLIOGRAFÍA

**La Revolución.**—Poema catalán en tres cantos por J. Lluas. Esta bella producción, leída por nuestro amigo el autor en la Velada socialista celebrada en Barcelona el 18 de Marzo, donde fué muy aplaudida, y de la cual conocen nuestros lectores un fragmento inserto en el suplemento publicado con los trabajos y discursos en dicha velada leídos y pronunciados, es un cuadro completo de una insurrección popular. Hállanse en él palpitantes de vida y de verdad todos los episodios de la acción revolucionaria: el entusiasmo individual y colectivo, la lucha entre el amor de la familia y el deber de la conciencia, el terror del egoísta, la generosidad del pueblo vencedor, la nobleza del caudillo popular, la venganza de la soldadesca irritada, y cuantos incidentes forman el terrible conjunto de la lucha entre un pueblo y sus tiranos, terminando con unas consideraciones basadas en la más pura doctrina revolucionaria.

No podemos extremar más nuestro juicio, nos lo vedan la amistad que nos une al autor y nuestra incompetencia en poesía, limitándonos á expresar nuestra satisfacción por esta nueva producción de la musa revolucionario-socialista.

## ADMINISTRACIÓN

Tienen satisfecha su suscripción hasta fin de año R. P., M. C., M. S., de Sevilla; S. A., C. C. de C. la V., C. L. V., L. G., M. R., A. S., G. R., F. F., N. P., de Valladolid; J. F., R. R., A. P., A. V., V. G., del Ferrol; B. B., A. N., J. C., F. V., J. B., R. C., de Reus; M. F., L. Ll., J. O., B. G., J. B., de Villanueva y Geltrú; S. F., E. F., M. C., de Zaragoza; N. P., de Valencia; V. P., de Benicarló; M. R., de Salamanca; L. T., de Buñol; F. C., de Igualada; J. C. de Carme; J. G., de Capellades; S. P., de Palencia; J. G., de Grazelema; A. J., del Vendrell; L. L. O., de Arenys de Mar; M. P., de Bilbao; J. C., P. C., de Sabadell. — Montevideo, remitido y contestado por correo. — Se ruega á todos los suscritores satisfagan con puntualidad el importe de sus suscripciones.



## MOVIMIENTO SOCIAL

ECRANDO una ojeada á la prensa socialista, hallamos una colección de noticias para componer, más bien que el «movimiento social,» una «causa del movimiento social.»

*Inglaterra.*—Una investigación hecha en Londres sobre el estado de los niños que concurren á las escuelas de instrucción primaria demuestra una degeneración física espantosa. De 5,500 niños examinados han resultado enfermos *la mitad*: padecían insomnio, sonambulismo, neuralgia, caries dentaria, escrofulismo, etc., á causa de alimento insuficiente, aire insano y toda clase de miseria.

*Francia.*—Hé aquí lo que dicen los canteros de París al Ayuntamiento en las conclusiones de una notable memoria: «¿Qué ha hecho la república por el obrero? Nada. Por el contrario ha procurado perjudicarlo política y económicamente: Se le impide la instrucción imponiéndole una larga jornada de trabajo; se le prohíbe la manifestación de sus opiniones; se autoriza la falsificación de sus alimentos; se recarga de impuestos los primeros artículos; se anima al burgués á despojarle de su salario; se impide la intervención en pro de la clase obrera escudándose con la ley de la oferta y la demanda. Declaramos al gobierno y á la burguesía responsables de la miseria obrera, y esperamos el voto del Ayuntamiento para saber si en lo sucesivo sólo hemos de esperar todas nuestras reivindicaciones de la Revolución social.»

*Estados-Unidos.*—El monopolio tiene aquí carta blanca, y por consecuencia esta república es el paraíso de los millonarios. Para oponerse á las organizaciones obreras que mantenían firmes los salarios, aquellos señores trajeron barcos llenos de chinos y europeos hambrientos: era la nueva trata de blancos y amarillos en sustitución de la antigua de negros. La crisis y la bancarrota dominan en absoluto; hay fortunas de 300 millones de dollars que sólo representan 50 efectivos, otras de 200, efectivas de 20, y en resumen, sobre 1 dollar positivo hay 10 en acciones. Páganse sobre éstas, capital ficticio, los dividendos; pero el país sólo puede realizar beneficios sobre el efectivo. Para pagar un beneficio de 10 por 100 se ha de realizar un 100 por 100, y esto no puede hacerse más que envileciendo los salarios. La bancarrota se cierne sobre la república como un peligro inminente: cuando los burgueses estén en quiebra y los obreros en paro, forzosamente habrá de abrirse camino y la revolución se impondrá como una necesidad ineludible.

*Rusia.*—Según una estadística oficial, por cada 1,000 niños en edad de ser escolares, sólo hay dos escuelas, cuya asistencia es de 49, resultando una décima parte de la infancia que carece de instrucción. Los gastos de las escuelas de instrucción primaria ascienden á 154.000,000 de francos que se cubren de este modo: el Estado 12 %, las provincias 44 %, los municipios rurales 34 % y los particulares 6 %. La paga del emperador es 20 veces mayor que el importe de la instrucción primaria de todo el imperio, y la del ejército y la marina 300 veces mayor; es decir, 49,280.000,000 de francos para sostener el tirano y su ejército y una friolera para enseñar al pueblo.

*Suiza.*—Según datos estadísticos recientes resulta que de 2.654,454 habitantes, sin incluir la población flotante, hay 180,342 individuos sostenidos por la asistencia pública, ó sea más de un habitante por quince; y en Basilea, la ciudad de los millonarios, es espantosa la proporción, hay un pobre por cada cuatro que no lo sean. Preséntase allí la emigración como un recurso, y algunos ayuntamientos facilitan medios á los emigrantes, llegando la emigración á representar el 10 por 100 de la población sedentaria. En 1880 los suizos expatriados llegaban á 250,000, y la población total de Suiza era menos de 2.670,000 habitantes. Según datos oficiales, los obreros suizos no tienen lo suficiente ni respecto al vestido, ni á la habitación; viven amontonados en habitaciones mal ventiladas y respirando un aire insano... y mueren especialmente más jóvenes que en otros países.

*Grecia.*—El bello país que inició á la humanidad en la vida de la ciencia y del arte, cuyo suelo está cuajado de riquezas artísticas de inestimable valor, cuyos grandes hombres llenan la historia con la grandiosidad de su fama, y que aun en nuestro siglo asombró al mundo con su heroica lucha por la independencia ha descendido á la más prosaica abyección por el parlamentarismo, y está á punto de terminar su obra la explotación capitalista. Los descendientes de aquellos ilustres ciudadanos que discutían en la plaza pública mientras 300,000 esclavos se cuidaban de la producción, vense hoy encerrados en las cuadras de multitud de fábricas establecidas en Atenas y el Pireo, supeditados á un miserable salario.

*Holanda.*—La fuerza pública y los trabajadores se hallan en lucha en las calles de Amsterdam. El movimiento es grave, según el telégrafo.—L.

Establecimiento tipográfico-editorial LA ACADEMIA, de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona